



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2013
Étienne Esquirol
SOBRE LAS PASIONES [1805]
(Fragmento)
Revista Affectio Societatis, Vol. 10, N° 19, diciembre de 2013
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Clásicos del psicoanálisis



SOBRE LAS PASIONES [1805] (Fragmento)¹

Étienne Esquirol

Las pasiones consideradas como causas, síntomas y remedios de la alienación mental

A Philippe Pinel

Se ha descuidado tanto el estudio de la alienación que aún sigue sin considerarse objeto de la medicina clínica. Los estudiosos se centraron en los síntomas más llamativos, en los desórdenes de las facultades intelectuales; se estancaron así trabajando hasta la saciedad en investigaciones acerca del *delirio*. Estas indagaciones suscitaban incluso la emulación, pues cada autor se permitía rechazar lo que habían dicho sus antecesores y dar rienda suelta a su fantasía. Los metafísicos mantenían que tal enfermedad concernía exclusivamente a su doctrina mientras que los moralistas se atribuían personalmente la capacidad de conocer y dirigir las pasiones. Unos y otros olvidaron el verdadero punto de partida y descuidaron al hombre físico, desembocando así en vanas teorías. Por otro lado, ¡cuántos trabajos hay sobre la anatomía del cerebro cuyo fruto se reduce a una descripción más exacta de dicho órgano!, trabajos que, además, se topan con la desesperante certeza de no poder jamás asignar a cada parte una función, por lo que no cabe extraer de ahí conocimientos sobre el libre ejercicio de las facultades del entendimiento o sobre sus desórdenes.

Sólo desde mediados del último siglo fueron realizadas investigaciones prácticas acerca de la alienación. Y comenzó a observarse algo más que la lesión de las facultades intelectuales. La

¹ Fragmento tomado de *Étienne Esquirol. Sobre las pasiones – Joseph Daquin. La filosofía de la locura* (2000). Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.

costumbre de ver de cerca a los alienados despertó la atención sobre su carácter, sus pasiones o sus intenciones. Pareció necesario valorar el cúmulo de circunstancias a las que estaban sometidos. Y no solamente el clima, las estaciones, la edad, el sexo, el temperamento, el régimen, la forma de vivir repercuten sobre la frecuencia, el carácter, la duración, las crisis, la finalización, el tratamiento físico y moral de esta enfermedad, sino que además se ve asimismo condicionada por el estado de las facultades intelectuales, por los progresos de la civilización, por las pasiones, por las diversas costumbres, por los usos y las leyes, por la situación política de cada pueblo. De entre todas las obras publicadas sobre esta enfermedad no existe ninguna que haya tenido un éxito más rotundo y claramente merecido que el *Tratado de la enajenación mental* del profesor Pinel. Ninguna de ellas ha alcanzado en Francia un influjo tan manifiesto sobre los enfermos objeto de su escrito. Desde su publicación -que hará época en los fastos de la medicina y de la filosofía moderna- la suerte de los alienados ha mejorado infinitamente. Una mente filantrópica dirige la vigilancia activa que requieren. Una dulce sensibilidad y una firmeza ilustrada han ocupado el lugar de la violencia y la ciega brutalidad. Ya no se retiene a los furiosos con cadenas como a bestias feroces. Las residencias públicas han logrado una dirección más eficaz. Gracias a la benevolencia del gobierno se han multiplicado las ayudas convenientes para secundar los esfuerzos de la naturaleza y de nuestro arte; y si no se han puesto en práctica por doquier los principios del profesor Pinel, al menos en todos los lugares se han esforzado en mostrarse más humanos con los alienados. Existe ya la convicción unánime de que es posible curarlos. El temor a las recaídas se reduce día a día dado que principios más seguros rigen su tratamiento. Puesto que el consuelo de la esperanza gana todos los corazones, los parientes de los alienados, en lugar de buscar una casa de reclusión y de seguridad, reclaman casas de tratamiento, así como la ayuda de nuestro arte. Pero un gran número de ellos no puede acceder a los hospicios, un prejuicio los mantiene alejados. Tal prevención no está basada en las exigencias del amor propio ni en el orgullo de la riqueza, se asienta en el conocimiento de los inconvenientes derivados de las grandes agrupaciones de enfermos, como lo ha expresado muy bien el doctor Cabanis en su informe sobre la administración de ayudas públicas. Este médico no se limita a desvelar tales dificultades sino que indica las ventajas inapreciables de las pequeñas agrupaciones de enfermos: «para que la medicina se aplique de una manera conveniente a los enfermos y a nuestro arte es necesario que el médico muestre un interés directo y continuo por tratar correctamente y curar, que no se deje distraer por una diversidad de objetos que van anulándose unos a otros, que pueda concederse el tiempo suficiente para estudiar todos los casos con la mayor

atención y realizar varias visitas diarias, que esté autorizado para regular el régimen lo mismo que la administración de los remedios. ¿Acaso es posible obtener todo esto en los grandes hospitales?». Estas consideraciones experimentales son aplicables fundamentalmente a las casas destinadas al tratamiento de los alienados. Es preciso convivir con ellos para apreciar los cuidados infinitos que necesitan, las atenciones minuciosas que requieren. No se sospechaba en absoluto el beneficio que obtenían de una comunicación amistosa y constante con el médico que les trataba. Y ¡cuántas lecciones preciosas no recibe éste!, ¡cuántos conocimientos prácticos no adquiere sobre el hombre físico y moral! De sus gestos, de sus movimientos, de sus miradas, de sus palabras, a menudo de matices imperceptibles para cualquier otro, extrae la primera sugerencia acerca del tratamiento que conviene a cada uno. Sin duda, el pavor que inspiran ciertos alienados, la rudeza salvaje de otros, ese silencio obstinado de quienes desean alejar a todo el mundo, la dificultad de comprender las formas tan variadas y fugitivas de su alienación han desalentado a los que han querido cultivar esta rama del arte de curar. Ningún hombre ilustrado acepta encerrarse y convivir con ellos; ninguno ha tenido el valor de soportar toda clase de repugnancias a las que están expuestos quienes se centran en prodigarles sus cuidados. Y, sin embargo, sólo es posible adquirir conocimientos precisos y amplios sobre la enajenación mental conviviendo con los alienados, viéndolos varias veces al día, vigilando todas las desviaciones de su imaginación y toda la rareza de sus acciones. ¿No fue viviendo con ellos, por decirlo así, como el profesor Pinel concibió los principios del tratamiento moral, fruto tanto de su observación como de su genio? ¿No debo los numerosos éxitos obtenidos en mi establecimiento a mi resolución de vivir en medio de esos locos confiados a mis cuidados? ¿No debo asimismo a esta decisión un gran número de observaciones, ciertas comparaciones satisfactorias, algunos resultados generales antes desapercibidos y, finalmente, una experiencia que no se puede obtener sino en el seno mismo de los asilos destinados al tratamiento de los alienados?

No recorreré la historia de esta enfermedad desde Hipócrates hasta nosotros, tampoco detallaré las innumerables causas que la predisponen o la determinan. Sería necesario estudiar los diversos sistemas de los metafísicos acerca del origen, la sede y el desarrollo de las facultades intelectuales. Sería necesario penetrar en los repliegues del corazón humano para analizar las *pasiones* que ocupan un lugar tan destacado en el estudio de la alienación. ¿No deberían tenerse en cuenta las distintas influencias del hombre físico sobre el hombre moral para juzgar si semejante desorden intelectual y moral pertenece al predominio vicioso de determinado órgano o de un sistema o de cierta función? Las investigaciones sobre los caracteres de cada tipo de alienación son aún más

difíciles, no correspondiendo estas miradas generales sino a los grandes maestros. La dificultad se acrecienta cuando se quiere profundizar en los principios del tratamiento. Como el de todas las enfermedades de difícil curación, el tratamiento de la alienación ha variado siguiendo el sistema médico dominante en cada siglo. Los antiguos no conocieron más que el empleo del eléboro, los modernos han prodigado las sangrías, los purgativos y las duchas. Sin embargo, Areteo, Celso, Celio Aureliano, trazaron los primeros rasgos del tratamiento moral; Erasístrato y Galeno lo aplicaron convenientemente. Desde entonces, los remedios farmacéuticos se confiaron al empirismo; el tratamiento moral se olvidó casi totalmente y los tratados generales de medicina aluden a él sólo para conservar la tradición. Una nación rival y celosa guardó un secreto durante mucho tiempo atribuyéndose el mérito de un descubrimiento que no le correspondía, pues lo que los doctores ingleses habían guardado en secreto, el profesor Pinel lo publicó en su *Tratado de la enajenación mental*.

Antes de entrar en detalles, es preciso ponerse muy de acuerdo sobre lo que quiere decir *tratamiento moral*: es la aplicación de las facultades del entendimiento y de las conmociones morales al tratamiento de la alienación mental; todo lo demás pertenece a la higiene moral o a los medicamentos.

El encéfalo, como sede de la inteligencia, como centro de la sensibilidad, repercute sobre el resto de los órganos, de los cuales recibe impresiones o emociones, de modo que, según el estado actual de nuestras ideas y sentimientos morales, las propiedades vitales de nuestros órganos pueden verse acuciadas, suspendidas, pervertidas e incluso aniquiladas. El temor destruye las fuerzas musculares y provoca a menudo la parálisis de los órganos excretores. El pavor concentra las fuerzas de la periferia hacia el centro, y devuelve la sangre hacia las grandes arterias. Una conversación alegre y animada durante la comida aguza el apetito y facilita la digestión. Pensar en un objeto deseable excita los órganos reproductores. Tissot destacó que los placeres del amor conducen menos al abatimiento y al hastío si se han obtenido de un objeto amado. La energía nos protege contra las enfermedades. Los estudiantes de medicina que se dedican con el mayor ardor a las disecciones anatómicas conservan su salud en medio de las emanaciones cadavéricas acumuladas en los anfiteatros; mientras que quienes se dedican con pereza y disgusto a este estudio se ven afectados por fiebres de mala naturaleza. Los médicos saben que pueden resistir a los miasmas epidémicos y al contagio gracias a su firmeza, al empeño que ponen en el ejercicio de su ministerio. Desde hace

tiempo se ha observado que las armadas victoriosas triunfan sobre las influencias epidémicas por contraste con los estragos producidos en armadas desalentadas por los fracasos y las derrotas. Las inclinaciones morales no influyen menos en la curación de un gran número de enfermedades; la odontalgia cesa con la sola presencia del dentista, cede con la aprehensión de los dolores que debe causar la extracción de un diente. Variola cuenta que un paralítico, que guardaba cama desde hacía varios años, al ver fuego en su casa sintió tal pavor que abandonó bruscamente su lecho, corrió a casa de unos vecinos para librarse de las llamas y pedir ayuda. Bartholin cita un ejemplo todavía más curioso. Un mudo sufría desde hacía tiempo atrás el desprecio y las injurias de su mujer. Un día, al ser más maltratado de lo habitual, su lengua se desató, arrastrado por la cólera y el furor, devolviendo con creces a su mujer sus impertinencias y sus injurias. La historia del hijo de Creso es conocida por todo el mundo. Las fiebres intermitentes se curan asimismo mediante las vivas emociones del alma e incluso gracias a la atención prolongada y fija sobre un objeto o por una imaginación muy exaltada. Todos los especialistas en fisiología y en patología conocen muchos hechos similares que prueban siempre que las facultades intelectuales y morales modifican la viveza de nuestros órganos, la perturban, la activan, la devuelven el ritmo de su salud, aunque también pueden provocar la muerte. Plinio lo relata en un gran número de ejemplos en el libro LXIII, § 12.

Dicho influjo no se limita a los centros principales de la sensibilidad, se ejerce sobre las extremidades del sistema nervioso; e incluso nuestras propias sensaciones están sometidas al imperio de nuestras ideas y de nuestros afectos. Quien tenga éxito en todos sus proyectos, aquél cuyo estado afectivo sea alegre, su corazón esté satisfecho y su espíritu contento, recibirá de los objetos exteriores impresiones muy diferentes de las que esos mismos objetos producirían en los sentidos de un hombre inquieto por preocupaciones desgarradoras o por sentimientos penosos. Un hombre pusilánime o una mujer temerosa sentirán miedo al menor ruido; si están asustados por las tinieblas, darán vida a una sombra y tomarán el más leve movimiento por los pasos de un hombre. Un ladrón palidece, tiembla y se traiciona a menudo por su actitud cuando ve a un policía. Si las ideas, las afecciones morales, ejercen una influencia tan marcada sobre el organismo, ¿por qué negar tal influjo sobre la curación de una enfermedad que tan frecuentemente corresponde al sistema nervioso y cuya causa es la alteración de las funciones de dicho sistema?

Un gran número de alienaciones dependen sin duda del cambio en alguna secreción, de la supresión de cierta evacuación, del influjo de enfermedades cutáneas, de la presencia de cuerpos

extraños en la cavidad cerebral o en el abdomen. Pero también dependen a menudo del espasmo de los principales centros de la sensibilidad, al igual que las convulsiones musculares no suponen siempre trastornos orgánicos de los sólidos o de los humores sino más bien una alteración nerviosa de los músculos; una alteración que despierta la actividad muscular, la disminuye o la vuelve irregular. Las características del sistema cerebral y nervioso pueden sufrir idénticas lesiones sin que por ello se encuentren señales de éstas, y sin que se les pueda atribuir una causa material. No solamente el encéfalo y el sistema nervioso pueden verse afectados de antemano por el desorden, por la intensificación o la disminución de sus propiedades vitales sino que también pueden serlo simpáticamente por obra de masas gástrico-intestinales de naturaleza diversa. La embriaguez -la presencia de ciertos venenos en el estómago- activa o paraliza las funciones del cerebro. El mismo fenómeno simpático se produce por el estancamiento de sustancias mucosas, biliosas, por la presencia de lombrices en el conducto intestinal. Los desórdenes del sistema hepático y esplénico, la hinchazón de las glándulas mesentéricas son también la causa primera de la alienación. El trastorno en las funciones generativas altera las facultades intelectuales. ¿Los desórdenes por simpatía no obedecen al espasmo de los intestinos, del diafragma, de las vísceras epigástricas, de los órganos reproductores?

En todos estos casos, ¿cabe infravalorar la influencia simpática de los órganos esenciales para la vida, independientemente de cualquier alteración primitiva del centro sensitivo o de sus dependencias? Si todos los fenómenos de la sensibilidad se relacionan con el cerebro, ¿esta propiedad no carecería de focos de acción y de comunicación, emplazados, expandidos, diseminados en las diversas regiones? Las impresiones de los sentidos se someten inmediatamente al cerebro, pero las impresiones morales, como la ternura o el odio, ¿no se dirigen directamente al plexo cardíaco? El terror y la cólera repercuten de entrada sobre el plexo diafragmático. Y, por fin, la necesidad de amar, el deseo de reproducirse, el amor, los impulsos y afectos que dependen de todo ello se reflejan en los plexos genitales. ¿Cabe sorprenderse si la lesión de las propiedades vitales, de las funciones de los órganos que reciben los nervios de esos diversos focos sensitivos, influye sobre el centro de la sensibilidad? Las impresiones morales pueden eliminar los espasmos, el debilitamiento, incluso la parálisis de los órganos afectados si no repercuten sobre el cerebro; ¿por qué esas mismas impresiones no consiguen en absoluto detener los efectos de simpatía cuando éstos se producen?

Así pues, ¿se concederá a la influencia moral el mismo poder cuando la alienación esté simpáticamente causada por el estrechamiento de las vísceras o por la alteración de los humores? ¿Por qué no se extenderá hasta esos casos enfermizos, cuando ya no exista lesión orgánica? Las impresiones morales provocan un estremecimiento, un cierto movimiento en las fibras orgánicas; el tono muscular se modifica, los sólidos repercuten sobre los fluidos, les comunican ese movimiento oscilatorio, les devuelven el tono apropiado para el organismo, les ofrecen la disposición vital necesaria para predisponer, preparar y dar solución a las enfermedades mediante una crisis favorable. El temor, el pavor, las sacudidas súbitas a menudo producen abundancia de orina; la cólera provoca evacuaciones biliosas; el furor aumenta la secreción salivar; la alegría, la tristeza, las emociones del corazón estimulan la efusión de lágrimas, que a menudo es crítica en las afecciones nerviosas. Lo que aquí digo de la solución de las enfermedades humorales está confirmado por los innumerables hechos aportados por fisiólogos y patólogos. Según estas consideraciones, de las que me reprocharán posiblemente su excesiva extensión, ¿hay que extrañarse si el profesor Pinel otorga tanta importancia al tratamiento moral de la alienación, y si lo considera apropiado para la curación de la mayoría de estas enfermedades cuando no están más degeneradas de lo normal? Pero los resultados demostrarán mucho mejor que el poder de este tratamiento estriba en los razonamientos y en el diálogo. La observación será la mejor respuesta a las objeciones realizadas por algunos médicos de buena fe, y además servirá para apreciar el desdén de algunos hombres calculadores y predispuestos contra un método que no se han molestado en profundizar o que fingen desconocer. Los hechos que me propongo publicar son lo bastante numerosos como para arrojar un poco de luz sobre esta parte de la ciencia. ¡Pero la casualidad siempre ha guiado estas notables curaciones!... Un primer hecho producto del azar, al ser acogido por la observación, sometido a nuevos ensayos y justificado por la experiencia, ¿no se convierte en una verdad indiscutible, en un principio innegable de cuyo espíritu se sirve para ampliar los límites de una ciencia o para avanzar en los progresos de las artes?

Las impresiones de pena y de placer que nacen del interior o que están provocadas por los objetos situados fuera de nosotros, nos advierten de la necesidad de la conservación y de la reproducción de nuestro ser; nos inspiran la atracción hacia las cosas que permiten alcanzar ese doble fin y el alejamiento de las que pueden oponérsele o contrariarle. Así el hombre se ve advertido por la pena o el placer de la elección que debe realizar. Por esta sabia previsión, la naturaleza ha querido sustraer al imperio de nuestra voluntad el cuidado de nuestra propia conservación, mientras

que, en la pena y en el dolor, ella ha creado una salvaguardia contra la influencia dañina de las cosas que no están relacionadas con nuestra organización. Pero al mismo tiempo, la naturaleza ha ofrecido al hombre el funesto presente de la *perfectibilidad*. Con la facultad de perfeccionar su ser, de agrandar el círculo de sus conocimientos, de extender sus relaciones, el hombre ha adquirido el poder de multiplicar sus goces, y se los crea a expensas de su propia organización. Mil necesidades han dado nacimiento a nuevos deseos; y las pasiones que éstos engendran son la fuente más fecunda de los desórdenes físicos y morales que afligen al hombre. El amor, la cólera, el terror, la venganza no pueden ser confundidos con la ambición, la sed de riquezas, el orgullo de la celebridad y tantas otras pasiones que nacen de nuestras relaciones sociales. Así que las primeras necesidades se limitan a nuestra conservación y a nuestra reproducción, y provocan las resoluciones del instinto: un impulso interno nos mueve a satisfacerlas. Nuestras necesidades secundarias se asemejan a las primeras, pero los deseos que provocan adquieren tanta fuerza - dado que nuestras relaciones con los objetos aptos para satisfacerlas se ven multiplicados- que engendran pasiones. Y por último, las exigencias que no tienen ninguna relación con nuestra conservación reposan únicamente sobre nuestras relaciones sociales; son el fruto del desarrollo de nuestras facultades intelectuales; tienen como causa y como fin nuestras relaciones con todo lo que nos rodea; generan pasiones artificiales, la ambición, la avaricia, el amor a la gloria, a la celebridad, el pundonor. Esta distinción, que es el resultado de la más rigurosa observación, es la más apropiada para conciliar dos opiniones muy opuestas aparentemente.

Hay moralistas que quieren extirpar las pasiones del corazón del hombre; otros sostienen que prohibir las pasiones a los hombres es prohibirles ser hombres. Sin duda, un hombre sin pasiones es un ser con razón, pero ¿no es más feliz quien sabe crearse pasiones ficticias, producto de una falsa dirección dada a sus facultades intelectuales y morales?

Prosigamos este estudio viendo ahora las pasiones en su constante relación con la alienación. En los países meridionales, la manía es más frecuente que en el norte y posee caracteres dependientes de la influencia del clima: la primavera y el verano estimulan la energía de las facultades físicas e intelectuales, despiertan las pasiones y las inducen más actividad, de modo que predisponen de modo muy particular a la manía. Las vicisitudes atmosféricas, que modifican el estado físico y moral del hombre, contribuyen también a alterar a los alienados. El que, al llegar el otoño, se encuentra ya inquieto y atormentado con ideas tristes, acaba por volverse muy pronto

melancólico. Los pueblos en los que la civilización está más avanzada, allí donde las facultades intelectuales se han desarrollado más, poseen pasiones más vehementes, más impetuosas, más variadas; en ellos las pasiones ficticias juegan el papel más importante, de forma que la alienación con todos sus matices asediara al hombre. También esta enfermedad es más frecuente en los pueblos civilizados, más en las ciudades que en el campo, más en las capitales que en las ciudades de segundo orden. Las sacudidas políticas -al poner en juego todas las pasiones, al facilitar el auge de los falsos arrebatos, al exacerbar los sentimientos de odio, al multiplicar las necesidades de ciertos individuos, al privar a los demás de una fortuna que era ya necesaria para sus costumbres-, aumentan el número de alienados. Es lo que se ha observado después de la revolución en Inglaterra y lo que se observa en Francia desde nuestra tormenta revolucionaria.

La infancia se halla protegida de esta terrible enfermedad, a menos que una disposición originaria no la exponga a la demencia o a la idiocia. Pero en la pubertad el desarrollo de nuevos órganos excita los sentimientos y surgen nuevas necesidades, las afecciones del joven toman una nueva dirección; y ¡dichoso si los vicios de la educación y de la sociedad no le han enseñado a traicionar las opciones de la naturaleza! La alienación, desconocida antes de esa edad, turba entonces los primeros instantes de la vida del hombre y asume el carácter de las pasiones juveniles: es vehemente, furiosa, ardiente y adquiere un carácter agudo, a no ser que por un culpable abuso de sí mismo, habiendo gastado sus facultades físicas y morales, el joven no sea arrastrado a una vejez precoz y se hunda en la hipocondría, en la demencia, en el idiotismo, signos precursores de un final cercano. En la etapa viril, las necesidades sociales se multiplican, las facultades intelectuales y morales se desarrollan, se extienden, se agrandan. Despierta el interés personal, el disimulo sucede al candor de la adolescencia. La necesidad de reproducirse colmaba toda la existencia moral del hombre; ahora sus relaciones con el objeto amado se relajan, mil proyectos ocupan su pensamiento y, a medida que las pasiones amorosas se debilitan, los falsos arrebatos se fortifican: la ambición, el amor a la gloria, la avaricia reemplazan a los encantos del amor y a las delicias de la paternidad. También en la etapa viril todas las clases de alienación son más numerosas y más tenaces; se vuelven crónicas más fácilmente, parecen tener su causa en alguna lesión abdominal, adquieren un tinte más sombrío, más triste, y se juzgan a menudo por el flujo hemorroidal y por las evacuaciones biliosas. El sentimiento de su impotencia hace que la vejez sea más tranquila. El viejo se aísla, se vuelve misántropo y egoísta al meditar sobre los desvíos a los que arrastran las pasiones. La alienación ¿podría tener accesos en individuos incapaces de experimentar pasiones?; por tanto esta

enfermedad resulta muy rara en la vejez. Sin embargo, existen ejemplos que sirven de excepción, indudablemente, pero todos se producen en sujetos que habían conservado sus fuerzas físicas y morales. Pues no se trata aquí del delirio que acompaña a la decrepitud y marca los últimos pasos de ciertos individuos en el camino de la vida. ¿Qué interés tiene comparar el desarrollo de las pasiones, la duración de su mayor fuerza, su decrecimiento y los periodos de la vida con la frecuencia, el carácter, la duración, las crisis, el tratamiento de la enajenación mental? En la infancia las pasiones no existen, y no hay alienados; en la pubertad, se abren paso las pasiones y se manifiesta la alienación; en la siguiente etapa todas las pasiones se desencadenan y la manía es más frecuente, pero desaparece en la etapa en la que las pasiones se extinguen.

Las pasiones son más vivas, más exaltadas, más eróticas en las mujeres. También, independientemente de las causas que se deben a su organización, las mujeres están más expuestas a la alienación; poseen caracteres que son propios de su sexo y metas que le son exclusivas. Los antiguos, y entre ellos Celio Aureliano, pensaban que existían menos mujeres alienadas que hombres. En nuestra Europa, existen más mujeres, como ha observado el profesor Pinel. Hallaremos la causa de esta diferencia al comparar las costumbres de los antiguos con las de los pueblos modernos; las encontramos en los vicios de nuestra educación, en el abuso de la música, en la asiduidad de los teatros y de las sociedades desde la más tierna edad que despiertan las pasiones en una época de la vida en la que los órganos propios para satisfacerlas están apenas esbozados, en la vida insulsa, inactiva e inaplicada, en la profusión de novelas cuya lectura provoca en las jóvenes una actividad precoz agitando su imaginación, inspirándolas ideas de una perfección imaginaria que ansían adquirir, y desesperándose al no encontrarla en parte alguna. Todas estas causas producen una susceptibilidad extrema en las mujeres, predisponiéndolas a todas las afecciones nerviosas, a la enajenación mental.

Comparando las pasiones con los temperamentos, con las profesiones, con la manera de vivir, veremos que las circunstancias más favorables para su desarrollo y para su efervescencia son las que predisponen y conducen más habitualmente a la alienación. Estos dictámenes no son los únicos. Las pasiones tienen una sede común con la manía, con la melancolía y sus variedades.

Las pasiones pertenecen a la vida orgánica. Sus impresiones se hacen sentir en la región epigástrica; bien primaria o secundariamente, sus focos radican ahí; alteran sensiblemente la digestión, la respiración, la circulación, las excreciones, cuyos órganos forman el centro epigástrico.

El amor ejerce una acción manifiesta sobre la respiración y la circulación; la cólera acelera la circulación, lanza la sangre a la cabeza. Las emociones vivas de terror, de pavor, causan contracciones convulsivas, constricciones dolorosas en el cardias y en el píloro. Los fenómenos patológicos, los desórdenes enfermizos que se producen de forma súbita y causan afecciones agudas o crónicas, las alteraciones de las vísceras que son consecuencia de pasiones concentradas, tristes, y que desgastan lenta y secretamente los resortes de la vida, su influjo sobre toda la economía al producir las enfermedades, decidiendo su curación, o finalmente provocando el fin súbito de nuestra existencia, todo ello prueba que las pasiones actúan poderosamente sobre los órganos esenciales para la vida, como órganos donde se activan todos los fenómenos secundarios que producen. ¿Qué observamos en los alienados además de los rasgos de su fisonomía? La alteración evidente de los órganos epigástricos. El acceso se anuncia por la amarillez de su cara, la disminución del apetito o un hambre feroz, náuseas y vómitos. Muchos de ellos se quejan de espasmos dolorosos en el epigastrio, en los hipocondrios. Unos rechazan cualquier clase de alimentación, otros, y son los más numerosos, están hambrientos; la mayoría están atormentados por una ardiente sed, otros rechazan cualquier clase de bebida, son muy proclives a molestias gástricas, se quejan de digerir mal, a menudo se exasperan tras las comidas, casi todos son propensos a sueños horribles, y que se me dispense comentar aún las relaciones que existen entre los sueños y el estado del estómago y de la circulación. Es evidente que sufren reacciones ácidas, insípidas, amargas; tienen la boca pastosa, áspera, el vientre tenso o una diarrea constante. Las crisis se manifiestan con vómitos de sustancias mucosas, viscosas, parduzcas y negras; con flujos en el vientre de materias amarillas, negras, sanguinolientas y muy fétidas; con hemorroides, con lombrices. Es superfluo detenerse en las alteraciones de la circulación y de la respiración; pero si las pasiones perturban la transpiración, esta función no está menos alterada en la alienación, y siempre se presenta, en una correspondencia exacta, con la alteración producida por las pasiones. En los alienados es muy fétida, y su olor tiene un carácter muy particular que se hace notar por mucho cuidado que tengan en la limpieza y que impregna los muebles y los apartamentos de manera duradera; es abundante en los maníacos, pues hay momentos en los que tienen la piel ardiente y muy seca. En los melancólicos tranquilos falta la transpiración, la piel es árida pero las extremidades de los miembros están fríos y constantemente bañados de un sudor frío. Al diseccionar los cuerpos, después de haber buscado inútilmente las causas del delirio en el encéfalo, es sorprendente encontrar la huella de alteraciones agudas o crónicas en el conducto alimenticio, en el hígado, en el

bazo, en las glándulas mesentéricas, en la vesícula biliar. También hallamos algunas alteraciones orgánicas en las vísceras abdominales, casi siempre con gusanos tricúridos en el intestino ciego, más raramente con lombrices y gusanos planos. Si no se puede asegurar que esas alteraciones abdominales sean la causa primera de la alienación, por la relación que mantiene con esos síntomas, al menos es cierto que coexisten muy habitualmente con esta enfermedad; mientras que es raro encontrar desórdenes en el cerebro. Si las pasiones se asientan en el centro epigástrico, se comprende que desordenen las funciones de los órganos situados en esta región. Pero ¿cómo el cerebro o sus funciones se encuentran a menudo tan alteradas por la influencia de las pasiones? Las fuerzas vitales parecen dirigirse constantemente hacia el órgano que goza de una actividad superior a la del resto de los órganos, o bien hacia el órgano más débil, según observa Hipócrates. Ahora bien, los individuos atacados por la manía tienen casi todos una sensibilidad exquisita; el cerebro y el sistema nervioso poseen una energía extraordinaria y actúan mecánicamente. Su actividad demasiado intensa parece atraer hacia sí todos los esfuerzos de la vida. Si una pasión trastorna el centro epigástrico, la reacción se produce sobre el cerebro y sobre los nervios por ser el sistema más activo. La alienación irrumpe tras vigiliadas prolongadas, estudios pertinaces y excesos de trabajo mental. A menudo se encuentra precedida por una fluidez y una abundancia de ideas sorprendente; la imaginación aparece más viva, los pensamientos más vastos, los proyectos más atrevidos. En otros casos el cerebro ejerce mal sus funciones; es lento, perezoso, y la alienación se anuncia por una lentitud en los movimientos, por una necesidad irresistible de dormir, por la inaptitud en el trabajo, por la imposibilidad de dedicarse a sus estudios habituales. Si recordamos lo que se ha dicho ya sobre la influencia simpática del centro epigástrico en las funciones del cerebro, sabremos por qué las pasiones son tan a menudo la causa de la enajenación mental.

Pocos autores han estudiado las relaciones de la alienación mental con las pasiones. Crichton ofrece ideas precisas sobre el origen y el desarrollo de las pasiones, de sus efectos sobre el organismo. El profesor Pinel las considera asimismo como la causa más frecuente del trastorno de las facultades intelectuales. Los excelentes resultados de la observación demuestran dicha verdad. Resumiendo el cuadro general de los alienados confiados a mis cuidados, observo el número de causas morales muy superior al de las causas físicas. El profesor Pinel ofreció el mismo resultado cuando habló, en una sesión pública del Instituto, sobre el tratamiento de mujeres alienadas, acogidas en la Salpêtrière. Que se me permita el cotejo de esos dos resultados. El mío personal abarca a los alienados de ambos sexos; el de la Salpêtrière es relativo únicamente a las mujeres.

Observo incluso que en la lesión total de las facultades del entendimiento, las causas físicas son más numerosas: diferencia muy significativa, y que posiblemente no resultará indiferente para la explicación de varios fenómenos de las funciones del cerebro.

	Causas físicas	Causas morales
Melancolía y manía	19	47
66		
Demencia e idiotismo	9	6
15		

EXTRACTO DE LA SALPÊTRIÈRE

	Causas físicas	Causas morales
Melancolía y manía	165	374
611		
Demencia e idiotismo	36	19
142		

Las pasiones no son sólo la causa más común de la alienación, sino que poseen con esta enfermedad y sus variedades relaciones de semejanza sorprendentes. Todas las clases de enajenación tienen su analogía y, por así decir, su tipo primitivo en el carácter de cada pasión. El que dijo que el furor es un arrebató de cólera prolongado hubiera podido afirmar con la misma justicia que la manía erótica es el amor llevado al extremo; la melancolía religiosa, el celo o el temor a la religión arrastrados más allá de los límites; la melancolía con inclinación al suicidio, un arrebató de desesperanza prolongado. Se puede decir lo mismo de tantas otras pasiones, que se asemejan todas más o menos a una especie de alienación, etc.

¿Veis a ese hombre, con la cara inflamada, la fisonomía convulsa, los ojos enrojecidos, centelleantes y el cuerpo vacilante? Sus miembros preludian algún acto de venganza; los propósitos más vivos y más humillantes salen de su boca, su voz es ronca, dura y amenazante; sus frases son breves, rápidas, entrecortadas; parece como si el órgano de la palabra no poseyera suficiente movilidad para alcanzar la expresión de sus ideas, que se presentan en multitud y sin orden en su imaginación excitada por la cólera. Si se aplauden sus enfurecimientos se cree apoyado y redobla sus imprecaciones y sus furores. Si se le contraría insistentemente, el mal alcanza su máximo

apogeo; todos los excesos culminan en esta escena horrible. Un hijo respetuoso desconoce la voz de su querido padre; en vano, su amante, desesperada, intentará con sus lágrimas devolverlo a la calma; las afecciones más tiernas, los sentimientos más afectuosos, se encuentran en un estado de perversión. Pero pronto el abatimiento, la vergüenza, el malestar general, las constricciones epigástricas indican el final del arrebato. ¿Qué observamos en ese maníaco furioso? La cara enrojecida, los ojos brillantes y con una movilidad extrema, una actitud amenazante y orgullosa. El tronco, como en una especie de agitación convulsiva por el movimiento de sus brazos, parece prepararse para actos furiosos provocados por su imaginación turbada; su voz es fuerte, ruda y fulminante; sus palabras vienen caóticamente a sus labios cuando sus ideas se presentan, se apresuran, se confunden en su imaginación en desorden. Para él no hay nada sagrado, sus parientes, sus amigos son desconocidos; su presencia le resulta irritante o indiferente; si se le halaga, en principio se desespera, y una resistencia impotente le lleva a los extremos del furor. Habitualmente se deja en paz a un hombre encolerizado, pues se calma poco a poco sin que sea necesario razonar con él. Una sorpresa, la presencia de un personaje imponente, en ocasiones pone fin a un acceso de cólera; algunas veces concluye con evacuaciones abundantes, a menudo con la muerte. ¿Qué haríais con ese maníaco cuyo delirio no le permite razonar? Dejadle ir y venir, agitarse a merced de su ciego furor, abandonadle a su vivaz impetuosidad, y el cansancio, la ausencia de cualquier objeto exterior lo calmará, se tranquilizará. Que experimente una impresión viva e inesperada, que se le presente un aparato de fuerza imponente, que no se le deje la esperanza de vencer en su resistencia, y su furor se disipará como la sombra. Su acceso puede también concluir con la muerte. A menudo termina con evacuaciones críticas.

Acabamos de ver, hasta en los más pequeños detalles, cómo el delirio furioso se asemeja punto por punto a un acceso de cólera; sigamos el paralelismo en las otras clases de alienación. Cierta joven ha cambiado mucho, su tez es más viva y más luminosa, sus ojos son más expresivos, sus movimientos más ligeros; unas veces está sombrío, otras alegre; le gusta relacionarse con la gente y busca la soledad; habla de las mujeres con indiferencia e incluso con desprecio; en otros momentos, con alegría y adoración. Demuestra menos afección por sus padres y sus amigos. ¡Qué cambio se ha producido en él! Una hermosa joven acaba de poner orden en las indecisiones de su corazón. Miradle junto a la que idolatra: sus ojos están en los suyos; su rostro aparece alternativamente sonrojado y pálido, su respiración es muy frecuente, sus palabras se entrecortan, sus suspiros son profundos. ¿Los latidos irregulares y tumultuosos que agitan su corazón no revelan su secreto? La

imagen de su adorada le persigue constantemente, no duerme ya, vive en sueños, come menos, languidece. No le apartéis frontalmente de su pasión, es capaz de intentarlo todo para obtener lo que intentáis negarle en vano. La oposición a sus deseos, a sus ruegos, les vuelven más enérgicos; la voz de sus padres le es desconocida; los consejos de la amistad son despreciados por él, el alejamiento, el tiempo, la ausencia lograrán lo que ni la autoridad ni los consejos han logrado hacer.

¿Quién es esta maníaca? Tiene los ojos hundidos y enloquecidos, la mirada fija, la respiración corta y precipitada, los rasgos de su cara están unas veces concentrados, otras veces dispersos. Habla con volubilidad; las palabras amor, traición, celos, felicidad se presentan por tumos en sus labios temblorosos. Es una mujer cuyas ideas amorosas, al haber ocupado toda la actividad de sus facultades intelectuales, alteran su razón; ve por todas partes a su ídolo, le habla; su amante se halla escondido entre las paredes, en todos los reductos de su domicilio; se encuentra a su lado, le prodiga las expresiones más eróticas y las caricias más voluptuosas, siente gozos hasta el éxtasis por él o bien provoca a todos los que se le acercan y a los que toma como si fuesen su amante, o bien todos los hombres son seductores o todas las mujeres son monstruos que quieren raptar el objeto de su pasión delirante; el sueño no cierra sus párpados, está atormentada por una ardiente sed, languidece y se consume. Toma los consejos por injurias; y, en los desvíos de su imaginación, puede abandonarse a todos los desórdenes y a todos los excesos. ¿La ninfomanía difiere del desorden de los sentidos, cuyo modelo lo encontramos a veces en la sociedad? Que se me permita pasar rápidamente por encima de una comparación cuyos términos son tan desagradables como reveladores de tal similitud.

La pintura del orgullo que trazan los moralistas ofrece los mismos elementos que la manía o la melancolía orgullosa. El hombre devorado por esta funesta pasión finge una grandeza que confunde y que impresiona; juzga y decide cualquier cuestión sin discreción y sin prudencia; todo lo que está en oposición a sus ideas es injusto e irracional; la resistencia le irrita y no hace más que consolidar sus sentimientos. Es raro que ceda a las amonestaciones y a los razonamientos, a menos que éstos adulen su amor propio. Si se le contraría, pone en práctica la cólera y la venganza. Satisfecho de sí mismo, de su mérito y de sus perfecciones, cree ser el único digno de la estima que se le prodiga, del rango que ocupa en el mundo, del respeto que se le dispensa, de los elogios que se le hacen, de la sumisión que se le testimonia; todo su ser se anima; compone su frente y su mirada; modifica el tono de su voz; regula su paso; no aparece sino con ostentación, no camina sino con ruido, no se

confunde en absoluto con el vulgo, exige la mejor localidad, todos los medios le convienen para alcanzar su fin. Si hace algo bien, llama la atención de todos los espectadores; desea, a cualquier precio, destacar y distinguirse. Los alienados henchidos de orgullo presentan los mismos matices, su paso es orgulloso y altanero, su tono es imponente, viven retirados y permanecen solos consigo mismos. Apenas osan dirigir la palabra a los que les abordan, no se mezclan con sus compañeros enfermos, se ríen de su bajeza, de su sumisión, de su docilidad, hablan sólo con desprecio a los criados que les atienden. Cierta enfermo sólo se ocupa de sus altos destinos, se considera un ser privilegiado, un enviado del cielo, un rey, un emperador; ordena, manda, espera ser obedecido; se irrita y se vuelve amenazador y furioso si se le resiste o se le contraría. Otro cree poseer todos los conocimientos, diserta con pretensiones sobre cada uno de ellos y aplaude su propia charla delirante; o bien se cree poseedor de todo lo que ve, y dispone a su grado de sus caprichos y de su extraña generosidad. Si se hunden en el furor, sólo ceden ante un guía que sabe usar su delirio para encaminarlos hacia el sosiego. Tres alienados de la Bicêtre se creían otros tantos soberanos y tomaron el título de Luis XVI. Discutían un día sobre los derechos de la realeza y los hicieron valer en términos muy enérgicos. La vigilante (la señora Pussin) se acercó a uno de ellos y apartándolo le dijo en un tono serio: «¿Por qué discute con esa gente que parece que está loca? ¿Acaso no sabe que usted es el único que debe ser reconocido como el rey Luis XVI?». Este último, adulado por tal cumplido, se retiró enseguida mirando al resto con una altivez desdeñosa. El mismo artificio se utilizó con el segundo; y fue así como, en un momento, ya no quedó resto alguno de la discusión².

En la melancolía triste, la cara está pálida, los rasgos del rostro reconcentrados, la fisonomía resulta dolorosa, los ojos se hallan hundidos y abatidos, la mirada es desconfiada, los movimientos lentos. Sólo emite lamentos sordos, gemidos, suspiros entremezclados con monosílabos que se escapan sin meta. Alguna vez, surge un doloroso silencio que llega hasta el último grado de la obstinación. Estos enfermos buscan la soledad, les gusta estar solos, y no se entregan sino con la mayor repugnancia a la compañía; sienten dolores hipocondríacos y epigástricos; tienen los miembros como quebrados, no pueden soportar largas caminatas; tampoco transpiran ni sudan con facilidad; todas sus funciones languidecen; tienen sueños horribles. ¿Quién no reconocería los caracteres de la tristeza y el estado de un hombre cuyos reveses, desgracias e injusticias de sus semejantes le persiguen y le agobian? El hombre que ha alcanzado el último grado de desesperación y el melancólico sólo se preocupan de sus infortunios verdaderos o imaginarios.

² Pinel, *Traité de la manie*.

Piensen en su familia y en sus amigos a impulsos, bien para quejarse, bien para reprocharse a sí mismos sus equivocadas pretensiones. La presencia de las personas más queridas, lejos de apartarlos de sus sombrías ideas, agrava sus males, agría su tristeza; y sólo se abandonan al último acto de desesperación tras haber contemplado a los que debieran retenerlos en la vida y tras haber saboreado con sus abrazos el placer de desembarazarse de esa pesada carga.

Esta alienación moral tiene sus semejanzas con las pasiones más viles y más vergonzosas. Se palpa en los grupos de individuos que roban con una inclinación irresistible que ni el temor ni el rigor de las leyes pueden vencer. Hay alienados de una rigurosa probidad en sus intervalos lúcidos que, durante sus arrebatos, se ven arrastrados involuntariamente a robar y a timar (Pinel). Así, desde la situación más serena, un hombre incapaz de controlar sus pasiones y sus resoluciones se desliza insensiblemente hasta la pasión más impetuosa, hasta las decisiones más violentas, para desembocar en la manía más furiosa o en la melancolía más profunda.

Las pasiones suponen siempre un esfuerzo por parte de los agitados bien porque las repelan, bien porque las atraigan. Semejantes esfuerzos provocan ciertos movimientos fisonómicos más o menos aparentes, que permiten calibrar la influencia real de la pasión. Tales movimientos, aprovechados por un hábil observador, le proporcionan los rasgos específicos para caracterizar cada pasión³ y para determinar sus efectos en la economía personal. Son estos rasgos los que Lavater buscaba en los cambios de fisonomía para juzgar el estado anímico de las personas que trataba. Son estos efectos sobre el organismo los que Crichton, Pinel, Cabanis investigaron para juzgar la influencia de las pasiones sobre la economía viviente. Semejantes rasgos fisonómicos, semejantes efectos orgánicos se observan en los maníacos en un grado aún más pronunciado. Para captar los rasgos de la fisonomía de los alienados sería necesario estudiar la cabeza de un buen número de ellos, representar los rasgos de la fisonomía durante el acceso de cada uno, y comparar esas cabezas con las que los grandes maestros pintaban dichas pasiones. Mediante esta comparación se llegaría a resultados tan útiles como curiosos, que servirían no únicamente para curar esta enfermedad sino también para prevenirla.

¿Por qué no han de existir rasgos externos que anuncien la tendencia hacia esa enfermedad tan frecuentemente hereditaria? Casi todos los alienados tienen algún pariente que se ha visto afectado

³ Delachambre, *Les caractères des passions*.

por esa enfermedad, este es al menos el resultado de las observaciones que recogí en mi establecimiento, donde me resultó fácil remontarme a todas las causas de la alienación. Tampoco hablo de otras enfermedades reconocidas como hereditarias, y cuya existencia nos lleva, por analogía, a la causa hereditaria que nos ocupa. Las costumbres, las tradiciones, la manera de ser se transmite de generación en generación en una misma familia, a menos que una perturbación en la fortuna, en la educación cambie esta disposición. Además de los rasgos de la fisonomía que caracterizan a los miembros de una misma familia, ¿no ocurre todos los días que un hijo se vanaglorie de heredar las virtudes de su padre y de sus antepasados? Las virtudes se transmiten de generación en generación por una especie de predilección en ciertas familias. ¿Los padres y las madres transmiten también su carácter y sus pasiones a sus hijos, menos por obra de la imitación que por una disposición primitiva? Si se admite la influencia de la organización sobre las ideas y las pasiones del hombre, ¿cabe negar que cada uno aporta al nacer la disposición a dicho vicio, a dicha virtud? ¿Sócrates no estuvo obligado a admitir que estaba predestinado a ser un hombre muy vicioso y que había eliminado esta funesta disposición sólo empeñándose en vencerse a sí mismo? Si las pasiones presentan tantas relaciones con la alienación, si éstas la causan tan a menudo, ¿hay que extrañarse si la alienación puede considerarse como una enfermedad hereditaria? El señor Petit, practicante reputado de los alrededores de París, elaboró una memoria enviada a la Academia de Cirugía, en la que demostraba que esta enfermedad es endémica y hereditaria en el país donde ejerce desde hace cuarenta años la medicina y la cirugía. Sin duda, la alienación no siempre es hereditaria; en ocasiones, resulta espontánea y accidental: la experiencia prueba esta segunda realidad, lo mismo que confirma la primera. Si las escrófulas, la tisis pulmonar, la gota, las obstrucciones abdominales pueden anunciarse por un hábil observador ¿por qué ante signos sensibles no se puede predecir la alienación y no se prescriben remedios apropiados para prevenirla? Casi todos los alienados confiados a mis atenciones habían presentado algunas irregularidades en sus funciones, en sus facultades intelectuales, en sus afecciones, mucho tiempo antes de estar enfermos, a menudo desde la infancia; irregularidades que habían escapado a sus padres, pero que yo les hice recordar preguntándoles por el estado anterior a su consulta. Unos habían sido excesivamente orgullosos, otros muy coléricos; estos permanecían a menudo tristes, aquellos sentían una alegría ridícula; unos fueron desoladoramente inestables en su instrucción, otros se aplicaron tenazmente en lo que emprendían, pero sin constancia; algunos fueron puntillosos, minuciosos, temerosos, tímidos, irresolutos; casi todos poseían una gran actividad de las

facultades intelectuales y morales, y habían redoblado su energía algún tiempo antes de su acceso; la mayoría tenían males nerviosos. Las mujeres habían sentido convulsiones o espasmos histéricos; los hombres habían sufrido calambres, palpitaciones, parálisis; incluso algunos reflejaban en su fisonomía indicios leves sin duda, en los que no se habían fijado, pero que resultaban sorprendentes tras la invasión de la enfermedad. Con semejantes disposiciones, primitivas o adquiridas, sólo se requiere una afección moral para provocar la explosión del furor o el abatimiento de la melancolía.

Un síntoma que acompaña a todas las alienaciones, que no escapó al profesor Pinel, y que anuncia un gran número de ellas, es la alteración de las afecciones morales en mayor o menor medida. En ocasiones, el arrebató o un primer ataque se anuncian por la frialdad, por el alejamiento, por la aversión hacia los más allegados, por sus amigos íntimos. A veces ésta es la idea inicial que hace insoportable a los enfermos la permanencia en el seno de su familia, y que les hace ceder y desear incluso salir de ella. De ahí nace una especie de hastío por todos los lugares donde han residido durante algún tiempo y con los que parecían estar demasiado familiarizados. Se separan de las personas cuya presencia relacionan con su felicidad, con una especie de indiferencia, a menudo con placer; su privación no les aflige; les hablan y éstos charlan con frialdad, con desprecio, con odio y con enfurecimiento. Sólo el nombrar a sus padres, a sus amigos, les agita, les atormenta, les vuelve furiosos, sin que haya existido ningún motivo previo de animosidad; habitualmente incluso parece que su delirio moral se ceba con predilección sobre los seres que amaban con anterioridad: no queda ningún vestigio de respeto, de reconocimiento, de amor, de amistad, todo se ha extinguido o pervertido.